

ορέαηος δι- νερσος



*Panamá también es Caribe**

Alberto S. Barrow N.

“Panamá es un país que me confundió; la gente es tan distinta entre ciudad y ciudad (e incluso dentro de las mismas ciudades) que me parecía estar cambiando de país constantemente. Mi paso por Panamá fue más rápido que por el resto de los países, los 15 días que pasé no me alcanzaron para conocer todas las regiones del país, pero sí para hacerme una idea de la gran gama de culturas que coexisten en el lugar”.

Esa es la descripción que ofreció un viajero, luego de una reciente visita a Panamá. Una descripción muy sencilla, pero que a su vez sugiere complejidad con respecto al carácter y la naturaleza de mi país, vista desde los grupos humanos que la conforman, lo que hace suponer o al menos sospechar que la sociedad panameña puede ser definida como un gran crisol; un mosaico cultural.

Pues así es, en efecto.

Hay quienes aún no lo saben, pero fueron muchas las nacionalidades que concurrieron a nuestro Istmo, por virtud de la emigración de sus hombres y mujeres, para participar en la construcción del Canal de Panamá, un acontecimiento histórico que iría moldeando nuestra fisonomía como nación. Al respecto, permítanme contarles un poquito, sobre todo para aquellos que se aproximan por primera vez al conocimiento de lo que somos los panameños, o mejor dicho lo que somos, también. Porque, no pierdan de vista, como ya nos ha advertido nuestro viajero, citado al inicio, que lo variopinto luce como una de nuestras principales características en tanto sociedad. Pero aquí quiero concentrarme en una en particular: Lo Caribeño.

La primera migración de afro-antillanos a Panamá, uno de los múltiples grupos humanos que hacen parte del caleidoscopio que hoy somos, ocurrió a mediados del siglo XIX, cuando la fiebre del oro de California, que inició en 1849, y la consecuente

atracción de su riqueza, puso en evidencia la necesidad de facilitar los viajes entre la costa este y oeste de los Estados Unidos. Esto planteó la urgencia de construir una vía férrea interoceánica en Panamá por ser el punto más angosto del continente americano, pero el problema



que enfrentaron los ingenieros de la empresa ferroviaria fue que Panamá no tenía la cantidad de población activa para aportar trabajadores para la construcción del ferrocarril. Va a ser justamente por la misma época que se da una crisis de sobre población en el Caribe lo que provoca escasez de trabajo. Estas dos situaciones combinadas, la necesidad de trabajadores en Panamá y el desempleo en las Antillas, explican la afluencia de afro-antillanos a esta zona del Istmo.

Entre 1850 y 1855 cerca de 45 mil jamaicanos llegan para las obras de construcción del ferrocarril transístmico. Entre 1880 y 1889 nuevamente se importa mano de obra de Jamaica, esta vez 22 mil trabajadores para el proyecto del Canal francés.

En otro momento, después de 1880, se expandió el cultivo de banana en Centroamérica y se estableció la *United Fruit Company* en Bocas del Toro (Panamá) y Puerto Limón (Costa Rica), así como la *Chiriquí Land Company*. Esto planteó nuevamente la necesidad de traer mano de obra del Caribe.

Un tercer evento que provocaría la inmigración afro-antillana a Panamá sería, efectivamente, el intento de los franceses de construir un canal, es decir una vía de aguas a través del istmo. Para entonces los afro-antillanos habían demostrado tener resistencia física y ser buenos trabajadores en la construcción del ferrocarril transístmico y su desempeño en los proyectos de Bocas del Toro y Puerto Limón.



Samuel Gutiérrez, destacado académico de la arquitectura en Panamá, ha dicho que: “Los dorados años del Canal Francés ejercen un gran influjo en la ciudad que ve inflarse su población con la creciente marejada de nuevos inmigrantes. En el Centro Histórico, la plétora

de edificaciones se producirá en 1880, con la expectativa de las obras del Canal. Este período deja su huella sobre la arteria principal de la urbe, o “afrancesa” sectores como la antigua Plaza de la Independencia. También se ocupan áreas más allá de lo que fueron los límites novecentistas de la Ciudad Colonial. Las mansardas y herrajes aparecen en forma similar a la arquitectura de Nueva Orleans o a las de otrora colonias francesas del Caribe”

Luego de que los franceses comenzaran las excavaciones en un fallido intento por construir el canal en 1881, los americanos aprovechan la oportunidad para terminar el proyecto, con la ayuda de miles de trabajadores provenientes de islas caribeñas de habla inglesa y francesa.

Entre 1904 y 1912,- fracasado el intento de Ferdinand de Lesseps- se incorporan obreros reclutados de las islas caribeñas, estableciéndose que de los 45,107 trabajadores empleados durante este periodo, el 44.1% provenía de Barbados, el 12.3% de Martinica, el 4.6% de Guadalupe y el 3.7% de Trinidad.

Los trabajadores antillanos estuvieron sometidos a denigrantes situaciones, se vieron obligados a realizar los trabajos más difíciles. En las excavaciones todos eran antillanos. Los derrumbes, las explosiones de dinamita, cobraron junto con la fiebre amarilla y la malaria muchas vidas. El reporte anual del Departamento de Sanidad de la Compañía del Canal, indica que para 1913, habían muerto 11,943 empleados blancos y 44,711 obreros negros.

Las condiciones, en muchos casos infrahumanas, no fueron aceptadas en su totalidad por todos los trabajadores, muchos de ellos se erigieron como líderes y pioneros de ofensivas serias y decididas que, sobre la base de luchas valerosas y desprendidos sacrificios lograron mejoras y algunos beneficios para la colectividad. Esta situación de contrariedad que encararon los constructores antillanos del Canal de Panamá alcanzó reales niveles de paroxismo social, que se expresó en un sistema segregacionista en la franja canalera, que estuvo bajo dominio norteamericano hasta el final del siglo XX.

Más de 20,000 trabajadores afroantillanos habrían perecido ya durante las excavaciones realizadas bajo el mando de los franceses. Para 1914, cuando luego de titánicos esfuerzos se inaugura el Canal de Panamá, muchos obreros decidieron regresar a su lugar de origen o emigraron a Estados Unidos. Sin embargo, una proporción significativa decidió establecerse en el istmo, sobre todo en la ciudad de Colón, donde de manera directa o indirecta se mantuvieron ligados a las actividades de la vía acuática. Los que decidieron quedarse, y sus descendientes, eran lo suficientemente numerosos para lograr un impacto considerable en la sociedad panameña. Y eso lo veríamos de manera consistente desde entonces hasta nuestros días.

Esa fue la magnitud de la impronta del Caribe en el Istmo, desde una etapa muy temprana del proceso de constitución de Panamá como una entidad nacional con personalidad propia.

En 1882 *The Star & Herald*, el diario más antiguo del país, al comentar sobre la oleada de inmigrantes de las colonias del Caribe señalaba que: “Estos llegaban en cantidades excesivas y aumentaban el número de ociosos”. La referencia tenía que ver con la abultada cifra de desocupados que rondaban las ciudades terminales de Panamá y Colón, luego de la interrupción de los trabajos de construcción del Canal por los franceses. Con voz áspera, un columnista del mismo diario sugería a sus lectores, dos años después, que el Istmo bien podría llamarse “Nueva Jamaica” ya que había sido colonizado por jamaicanos, a tal grado que

su antigua personalidad (la de Panamá) había “desaparecido por completo”. Otro colega suyo (1887) era de la opinión que mucho ganaría el país si por algunas circunstancias la masa de antillanos se viese obligada a irse de estas tierras.

Como se podrá observar, el que Panamá se hiciese cada vez más Caribe, por su población inmigrante, no estuvo exento de dificultades. No corro riesgo alguno al afirmar, como de hecho aquí lo hago, que ya para finales del siglo XIX Panamá exhibía un incuestionable talante caribeño. Barbadoses, martiniqueses, granadinos, santalucenses y jamaquinos poblaban sus dos ciudades principales: Panamá y Colón. Esto generó el rechazo de buena parte de la sociedad panameña. Este fenómeno, sumamente complejo, en cuya matriz está la fuerte presencia de gente de piel oscura venidos de otras latitudes, con un bagaje cultural propio y distinto a la existente en la sociedad panameña para entonces, ofrece abundantes elementos para su análisis, uno de los cuales abordo en un ensayo publicado en julio de 2012, bajo el título: LA VARIABLE ÉTNICA EN EL MARCO LEGAL DE PANAMÁ-

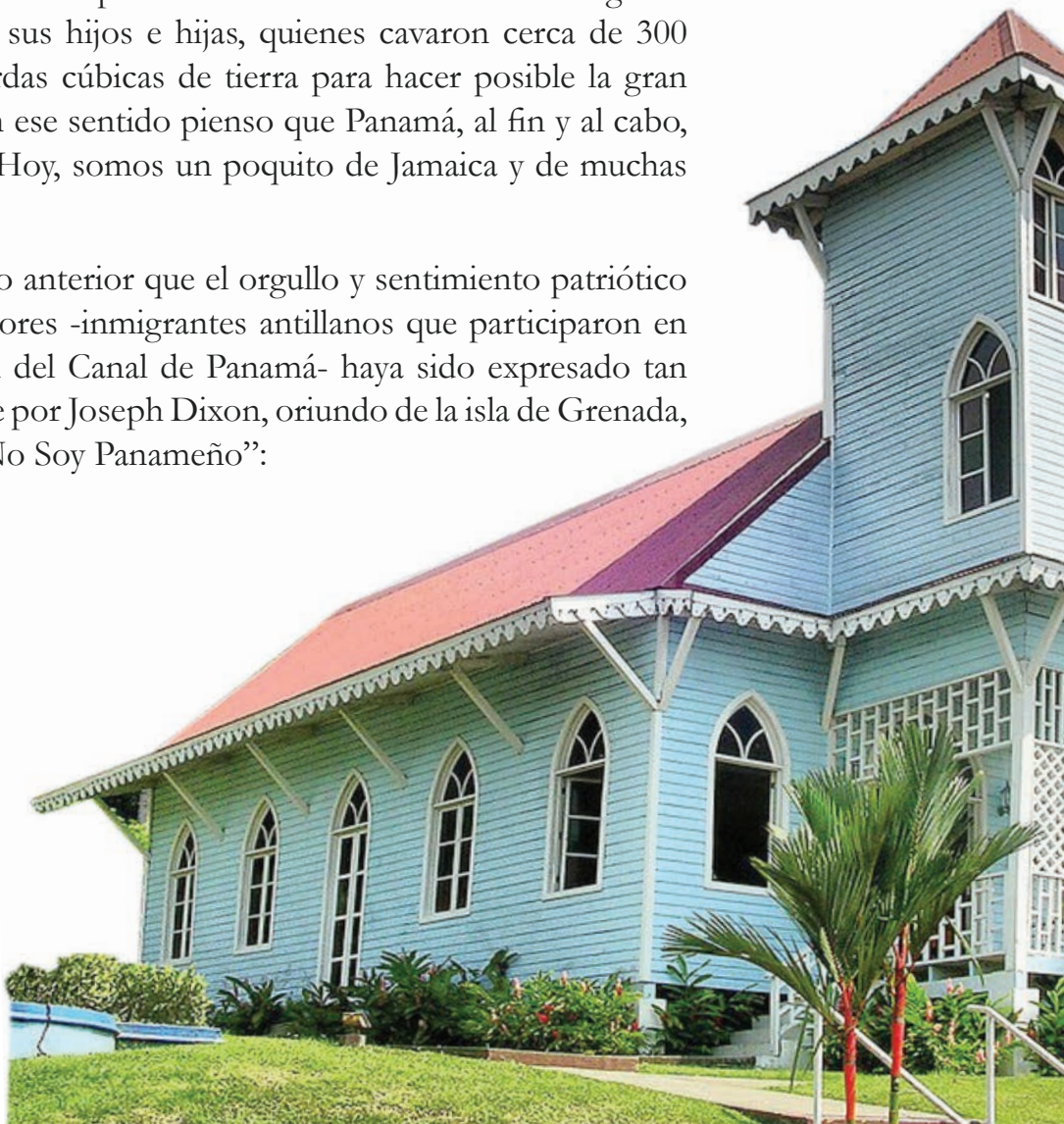
Velma Newton, una notable historiadora e investigadora barbadense, en una muy difundida obra suya que lleva por título: LOS HOMBRES DEL SILVER ROL: MIGRACIÓN ANTILLANA EN PANAMÁ 1850-1914, ha dicho que ninguna de esas migraciones tuvo un impacto tan duradero sobre la sociedad panameña como aquellas procedentes de las Antillas Británicas. “De unos cuantos cientos en el decenio de 1850, la comunidad creció hasta convertirse en 1920 en el grupo extranjero más numeroso con cerca de 36,000 personas, de las cuales aproximadamente 4,000 vivían en la Zona del Canal y las 32,000 restantes representaban el 31 por ciento de los 103,876 habitantes de la República de Panamá”

Con la culminación de las labores principales en el Canal en 1913, unos 5,000 trabajadores fueron trasladados a Bocas del Toro, para laborar en plantaciones de banano. Existen referencias documentales en las que se sostiene que hubo un momento del

desarrollo poblacional del Istmo en el cual los(as) inmigrantes del Caribe superaban, con creces, al resto de los habitantes. Aún para la década de 1920, y pese a que las obras de construcción del Canal hacía tiempo que habían cesado, continuó el flujo de antillanos hacia Panamá. Jamaica seguía aportando el mayor número de llegados. En 1929 ya había unos 24,000 afroantillanos en Bocas del Toro, aunque esta cifra disminuyó con el traslado de la compañía bananera a la provincia de Chiriquí. Sin embargo, la gran mayoría de los afroantillanos se concentró en las ciudades de Panamá y Colón, los puntos terminales del canal.

Si se tienen presente “datos” como esos, que varias fuentes históricas ofrecen, es indudable que entre Panamá y el Caribe, en especial Jamaica, hay más lazos de hermandad, que aquellos que comúnmente se perciben. Esas naciones nos entregaron lo mejor de sí: sus hijos e hijas, quienes cavaron cerca de 300 millones de yardas cúbicas de tierra para hacer posible la gran vía acuática. En ese sentido pienso que Panamá, al fin y al cabo, salió ganando. Hoy, somos un poquito de Jamaica y de muchas otras cosas.

Es quizás por lo anterior que el orgullo y sentimiento patriótico de los Excavadores -inmigrantes antillanos que participaron en la construcción del Canal de Panamá- haya sido expresado tan elocuentemente por Joseph Dixon, oriundo de la isla de Grenada, en el poema “No Soy Panameño”:





No soy panameño / Pues no soy de aquí; / Yo soy antillano / Y en Grenada nací.

Aunque no soy panameño / Puedo apreciar / El cariño de un pueblo / Que siempre he de saludar. / No soy panameño, / Grenada es mi patria, / Pero no seré ingrato / A mí querida madrastra. / Yo no soy panameño, / Pero mis hijos, claros son; / Todos tienen sus orgullos, Y también su corazón. / Aunque no soy panameño, / Mi esposa, claro es; / Y nuestros cinco hijos / Son de esta hermosa tierra panameña / en donde nacieron bajo la luna istmeña / En la ciudad de Colón. / Yo no soy panameño / Pero amo a esta tierra; / En donde he vivido / La mayor parte de mi vida. / Yo no soy panameño, / Pero yo qué culpa tengo; / Dios es el único dueño / De nosotros y el mundo.

Los descendientes de esos hombres y mujeres que arribaron del Caribe, al igual que sus padres constructores de esa magna obra que constituye el Canal de Panamá, continuaron incidiendo en la conformación del Estado-nación, dibujando su perfil; aportando a la personalidad del país, a través de múltiples ejecutorias.

Me permitiré aquí insertar unas pinceladas sobre la vida de algunos que destellaron con su fulgor caribeño. En cada caso, vale la pena observar cómo el sobresaliente desempeño en sus ámbitos respectivos fue colocando a Panamá en el mapa mundial, permitiendo que se la mirara a través de uno de sus tantos rostros: El caribeño.





Aquí va el primero de los semblantes que quiero entregarles. Se trata de “Panamá Al” Brown, como se le ocurrió a alguien nombrarlo un día.

Este afroantillano compartió vida de pareja con el escritor Jean Cocteau, una de las plumas más celebradas en la época, pero para entonces, “Panamá Al” Brown ya había probado, con los puños y una extraordinaria habilidad en los cuadriláteros de Estados Unidos y Europa, que él era el mejor entre los pesos gallo del mundo.

Después de su nacimiento acaecido el 5 de julio de 1902, fue bautizado en una iglesia de Colón, su ciudad natal, ubicado en el Caribe panameño, como Alfonso Teófilo Brown, y 27 años más tarde se “convirtió” en el primer campeón que latino américa entregó al resto del mundo. De un estrecho cuarto de inquilinato, donde pasó su infancia y parte de su juventud, ascendió a la gloria, y como tantos otros en su profesión, al final de sus días conoció la soledad y el abandono.

Teófilo “Al Brown”, otro de sus varios patronímicos, deslumbró al público norteamericano y europeo dentro y fuera del tinglado, por casi veinte años. Antes, el 1 de diciembre de 1922, y apenas dos años después de haberse estrenado como boxeador profesional, se había coronado como Campeón Mosca de Panamá. En 1923 marchó hacia Harlem, pero en Estados Unidos corrían tiempos difíciles para los púgiles de piel oscura. Finalmente, se radicó en Francia.

LUIS RUSSELL

IN CHRONOLOGY



1945-1946

COMPLETE
JAZZ
SERIES

WITH CHESTER BOONE, ROY HAYNES,
GEORGE SCOTT, HOWARD BIGGS,
CLARENCE GRIMES, LUTHER BROWN...

A su sabiduría y esmerada técnica se les unían unas características físicas poco comunes para un pugilista. Su estatura estaba por encima de los 6 pies y sus brazos amenazaban con alcanzarle las rodillas. Fuera del ring, era uno de los hombres mejor vestidos en París en los años de la década de 1930. Se dice que cambiaba de traje 6 veces al día. Pero de lo que no hay dudas es que sus camisas eran enviadas a Londres para lavado y planchado, y devueltas a París, ciudad cuyas noches él abrazó como a ningún contrincante en el enlonado.

Entre artistas, mujeres e intelectuales franceses y de otras latitudes, así como una extensa cuadra de finos alazanes, este afropanameño espigado despachó una fortuna que logró acumular en las 10 defensas que hizo de su título mundial en algo más de 5 años de reinado, además de 25 lizas de campeonato mundiales. En total, libró más de 223 combates en toda su carrera, una cantidad exagerada, máxime en aquellos tiempos primarios del desarrollo del boxeo. En varias ocasiones fue obligado a celebrar 3 combates en una misma semana. En junio del año 1930 peleó 8 veces. Con todo, bebía Champagne entre asaltos. Fue un ser realmente excepcional; era una “maravilla de ébano”.

Véase pues que, desde las primeras décadas del siglo pasado, Panamá fue apareciendo en el mapa mundial, no solo por la gran obra de ingeniería que se había erigido en sus entrañas,

Violeta Green

y que desde entonces hasta el presente sirve al universo haciendo honor a la inscripción que aparece en nuestro escudo nacional “Pro mundi y beneficio”, sino también por las proezas de los descendientes de aquellos caribeños que prestaron su fuerza de trabajo para que ella se materializara.



Alfonso Teófilo “Panamá Al Brown” hizo honor a esa especial condición al cual nos hemos venido refiriendo; el sello del Caribe que hay en nosotros, los llamados “Canaleros”.

Les ruego que me sigan sin perder de vista que de lo que se trata es de captar nuestra antillanidad a través de personajes y hechos asociados indiscutiblemente a Panamá, y que han permitido que en otras latitudes, cuando no el mundo, y en la propia sociedad panameña, se haya ido tomando cierta conciencia de que hay en ella un grupo humano que la liga con extremada apretadura al concierto de naciones del Caribe.

Ahora, una mirada desde el arte musical.

Un día domingo, por allá, en la segunda década del siglo pasado, la “Diosa de la fortuna” tocó a la puerta de un humilde hijo de la Isla Carenero, en la Provincia de Bocas del Toro, en el Caribe panameño. En un tris, Luis Russell se hizo del primer premio de la Lotería Nacional de Beneficencia, en una suma que hoy sería el equivalente de unos trescientos mil Dólares. Por supuesto que aquel acontecimiento, venido del puro azar, cambió significativamente la vida de quien, hasta entonces, era un joven que había venido asimilando las clases de piano, trompeta y violín que su padre, un inmigrante jamaicano, organista y director de

coros, le entregaba con el mismo rigor con el que a él lo habían formado antes de arribar al Istmo, siguiendo los pasos de los primeros pastores metodistas que se asentaron en *Careening Key*, unos cien años antes de la construcción del Canal de Panamá.

Con tan magno acontecimiento, Luis Russell hizo maletas y junto a su madre y hermana de pronto se vio en Nueva Orleans, que para entonces ya se perfilaba como la Meca del jazz y el blues. Y allí, justo a la orilla del Río *Mississippi*, adquirió forma y proyección internacional aquellas lecciones tempranas que habrían de convertir al hijo de Mr. Felix Russell y Ruth Machore en uno de los primeros organizadores y directores de los denominados *Big Bands*, un formato musical que emplearon grandes figuras como: Duke Ellington, Glenn Miller, Luis Alcaráz y Xavier Cougart.

Entre 1926 y 1929, ya no de un golpe de suerte sino con la maestría que alcanzó en la interpretación del piano, Luis Russell integró una de las más reputadas orquestas de New Orleans. Aún hoy, la crítica especializada de jazz la tiene entre los iconos que anteceden a la era del swing. Como tal, la orquesta liderada por el Maestro Russell impuso su sello caracterizado por una exquisita e inigualable fusión del clasicismo de New Orleans con el emergente ritmo del swing, y una pizca de blues. Esta amalgama rítmica quedó consignada en muchas de sus composiciones.



Destaco, apenas a guisa de ejemplo, una hermosa pieza que lleva un sugerente título: “Panamá”.

Pero la excelencia en la composición musical y la dirección orquestal de Luis Russell continuaba vuelo; y alto además. Chicago y Nueva York, dos grandes plazas para todo lo espectacular que provee el jazz, fueron escenarios recorridos por nuestro afortunado y talentoso músico bocatoreño, hasta la primera mitad de la década de los años 1930. A partir de 1935 hubo un giro, no poco interesante, en su carrera: su encuentro con Louis Armstrong.

Sobre “Satchmo”, como legendariamente fue conocido ese trompetista-vocalista, afroamericano *extraordinaire*, ya todo se ha dicho. En ese inventario de incontables hazañas musicales, que desbordaron la capacidad de asombro de millones de personas alrededor del mundo, se destacó el acompañamiento que le proveyó la inmensa y versátil orquesta de Luis Russell. Fueron 10 espectaculares años de asociación artística que han quedado registrados en casi todos los archivos documentales existentes acerca del jazz. “Lou” Armstrong y Luis Russell son dos nombres que se fueron de manos y al compás de las mejores armonías que se escucharon (y bailaron) en tanto que el auge del swing.

Desde el año 2002, cada 6 de agosto, en Panamá se conmemora el Día Nacional del Jazz, haciendo honor a Luis Russell. He allí, nuevamente, el “efecto Caribe”. Una huella indeleble que nos sigue marcando, desde aquellos días de las primeras oleadas humanas que llegaron a tierras panameñas procedentes del Norte de su costa Atlántica.

Tal ha sido la marca de los afroantillanos en Panamá, que hubo un tiempo en que el nombre de una “west indian”, Violeta Green, fue sinónimo de Colón, la provincia de tesitura más Caribe del país. Igual ocurrió con Lord Cobra, nombre artístico que correspondía a Wilfred Berry. Aunque éste último era oriundo de Bocas del Toro, otra provincia de talante caribeño como ya se ha señalado, vivió y trabajó casi toda su vida en la provincia de Colón. Ambos,

Violeta y Wilfred eran afroantillanos por ascendencia y fueron eximios exponentes de dos géneros musicales que hacen parte de la cultura panameña: el jazz y el calipso, respectivamente.

Todo aquel panameño que en la década de los años 60 ya tenía alguna noción y sentido de lo que ocurría en la pantalla chica, por allá, cuando la televisión panameña ensayaba sus primeros pasos en la producción de programas nacionales, recordará, con nostalgia, la voz y el fraseo muy particulares de Violeta Green, quien con una extraordinaria versatilidad podía (y, en efecto, así ocurría) pasar de la vocalización de una exquisita pieza de jazz a un blues, y desembocar en una balada de cualquiera de los grandes compositores latinoamericanos como Ernesto Lecuona, Rafael Hernández. Y con Avelino Muñoz, en una tamborera. Violeta tenía esas virtudes y más.

Era grande, no solo en su estructura física, que alcanzaba sin mayor dificultad los 6 pies y develaba sus acentuados antecedentes africanos, sino también en su dimensión artística; en su humildad ante los aplausos. Grande en toda la extensión del término, cuando éste es aplicado a un ser humano que trasciende. Violeta Green trascendió en la esfera artística de Panamá, y no en pocas ocasiones. Lo hizo con el temperamento rítmico heredado de sus antepasados isleños.

Para toda una generación, y, por qué no, dos generaciones de afropanameños, Violeta fue timbre de orgullo. Ella nos representó como la que más. Junto con el Maestro Clarence Martín, también desaparecido; y muchos otros compositores e intérpretes, hijos e hijas de inmigrantes del Caribe, Violeta Green hizo del jazz interpretado a voz en Panamá, uno con matiz propio. Esto ha quedado documentado en muchas horas de cintas de televisión, así como en un excelente trabajo de investigación realizado por el sociólogo panameño, Gerardo Maloney, titulado “Tambo Jazz”, y que fuera vertido en una producción audiovisual, con igual título, en la década de 1990.

El *akee*, (*Blighia sapida*) un fruto traído a nuestras tierras desde las Antillas >

En otro género, pero con el mismo espíritu de recrear una herencia cultural, Lord Cobra (Wilfred Berry) deleitó a todo el país, por varias décadas, con el ritmo pegajoso del calipso. Cobra era hijo de dos inmigrantes de Jamaica. Ello explica, además del talento que indudablemente tenía, su afición y dominio del arte de contar historias y anécdotas de la cotidianidad, con el humor y la picardía propias del antillano. Por supuesto, como todo *calypsonian* – valga decir trovador del Caribe- siempre tuvo entre su acompañamiento musical a una yukalele, una suerte de guitarra diminuta, instrumento de extendido uso en las islas del Caribe, y cuya denominación proviene de una voz africana.

Por muchos años Lord Cobra estuvo rodeado de “Los Hijos de los Antillanos”, nombre que recibiera un grupo musical que desarrolló el calipso de las islas, dotándolo de un sabor panameño; el que siempre nos distinguió de otras variantes que se expresaron en la Región. Ellos grabaron con él, la mayoría de las piezas de su tan gustado repertorio.

De que Lord Cobra deleitó al pueblo panameño con su ingenio pueden dar cuentas muchas colecciones privadas que todavía hoy día se guardan con el celo que se le dispensa a los tesoros. Piezas como Banana, Christie, Baptism y El Buhonero, forman parte de un vasto repertorio de composiciones que nacieron de la inspiración de Lord Cobra quien reclamó para sí la autoría de cerca de 40 temas; una producción prolífica, sin duda.

Los afroantillanos en Panamá, muy acostumbrados a asistir a los shows de artistas nacionales durante las décadas de los años 50 y 60, mismas que se desarrollaban en escenarios populares, cantaron y tararearon con Lord Cobra canciones que se fueron incorporando al mosaico de una producción nacional que reporta una riqueza sin igual en nuestro Continente, por razón, entre otros, de su amplia diversidad. Esta experiencia también es recogida por el sociólogo Gerardo Maloney en un bien logrado documental titulado “Calipso”.





Panamá también es Caribe. La fuerte presencia del ritmo calipso entre su producción musical así lo atestigua o, sería más justo decir, reafirma su sesgo afroantillano. Siendo ello así, me ha parecido pertinente compartir con ustedes estos perfiles, con el afán de entregar otros elementos, además de los históricos antes apuntalados, y que al juntarlos ver de qué modo contribuyen a nuestra reflexión sobre el significativo aporte de otros dos grandes afropanameños, quienes con demostrado talento y compartiendo antecedentes culturales comunes, desde dos perspectivas “distintas”, enriquecieron un aspecto de la panameñidad: Nuestras expresiones musicales.

Y qué decir de nuestras delicias culinarias!

Cuando del carácter caribeño de una sociedad como la nuestra se trata, no hay manera de eludir su gastronomía, que es un componente de la matriz misma de ese imaginario social que hemos dado en llamar Caribe, sin duda tamizado por la cultura.

En la cocina de muchos panameños, hoy por hoy, el “toque” caribeño tiene algún grado de presencia. Pienso que es tal esa posta, que me atrevo a sostener que de todas las influencias gastronómicas en Panamá, que las hay en número significativo, la caribeña se cuenta entre las más extendidas y, en consecuencia, más degustadas.

Hay que decir que en el centro de la cultura culinaria del Caribe están las especias que condimentan toda preparación. Entre ellas, siempre destacará el ají, que para efectos descriptivos bien podría encontrar en el chile mexicano una de sus variantes, más su peculiar estructura gustativa la dota de esa “magia” que suele imprimirle a cualquier plato salido de una cocina en cuyo interior hayan estado las manos de un caribeño.

En Panamá, bañado por dos océanos, los pescados y los frutos del mar, adosados con una particular preparación insular, ocupan lugar cimero en nuestra gastronomía. Así, el bacalao, el pulpo, los calamares, los camarones, el centollo y cangrejo, entre muchas

otras exquisiteces provenientes de las aguas del Atlántico y Pacífico, son objeto de consumo apetecido por la población en general.

El *akee*, un fruto traído a nuestras tierras desde las Antillas, hace más de una centuria, aún mantiene cierto nivel de presencia en algunos patios traseros de las casas de la tercera generación de los llegados, como aquel grenadiense Joseph Dixon, que nos recitaba “yo no soy panameño, pero mis hijos, claros son; todos tienen sus orgullos, y también su corazón”.

Cierto, parte de ese orgullo está en la riqueza culinaria de cepa caribeña que hemos compartido con nuestros compatriotas. Es tan amplia esa oferta que bien pudiéramos pasar aquí decenas de páginas elaborando sobre el particular. Pero ahora, apenas me permitiré añadirles los arroces, en sus distintas preparaciones, sean estas con coco o una variedad de granos; las patitas de cerdo avinagradas (*sous*); los plátanos o bananas verdes fritos, “patacones”, dicho en buen panameño; pastelitos de carne, con ají picante, desde luego; otros, parecidos, pero esta vez hechos con plátanos maduros (*plantain tarts*) una modalidad que no tiene traducción al español, como tampoco la tienen los *dumplings* y *johnny cakes*, todas, delicias que hacen parte de la mesa panameña y que provienen del Caribe anglohablante.



Si hace poco los colmaba con referencias musicales, ahora es probable que en estas páginas ya se hayan entronizado los olores de la cocina antillana de Panamá, pues en eso también somos Caribe.

Así, hemos transitado por una parte de la historia y la sociedad panameña, intentando mostrar cuánto de Caribe ha habido [y hay] en ella. Ha sido un repaso al vuelo de unos cuantos elementos de nuestra “antillanidad”, que es sumamente vasta y para nada se agota en este ensayo, ni mucho menos en los elementos que he privilegiado en él.

Sí, Panamá también es Caribe. Y digo que lo es, en parte, en mucho, por todo lo que nuestros ascendientes antillanos hicieron por ella, desde que arribaron a sus costas, a mediados del siglo XIX; por la forma en que la asumieron, y cómo la vivieron. Por la manera en que ese ejercicio fue transformando a la sociedad panameña, abonando a la estructura multicultural y variopinta que hoy la reviste.

Panamá también es Caribe. Acaso Caribe puro.

**Conferencia dictada en Cancún, México, el 14 de noviembre de 2012, en el marco del Festival de Cultura del Caribe. País invitado: Panamá.*

